

LA RELIGION

Por ENRIQUE MIRET MAGDALENA

El hombre de hoy tiene el riesgo de volverse irreligioso por sentimiento religioso», afirmó el teólogo K. Rahner, S. J., hace unos años. Pocas veces se ha hecho una afirmación tan profunda sobre lo que somos los hombres actuales. Hoy nos damos cuenta de la mezcla de falsedad y verdad que ha existido —y todavía existe— en las religiones que han vivido los hombres desde el comienzo de la humanidad. Es un síntoma, por otra parte, que sólo desde hace menos de un siglo se hayan estudiado a fondo las causas que han influido en la génesis de las religiones de la humanidad: nuestro sentido crítico estaba todavía en un estadio demasiado infantil. Nos parece que la historia de las religiones tiene, desde su creación, y como reacción, un matiz negativo, pero este severo juicio de los católicos se produce porque hemos olvidado que «no podemos identificar nunca Dios y la religión que viven los hombres» (K. Rahner, S. J.); porque «Dios será siempre... el que no se puede comprender ni nombrar, que está más allá de toda realidad, incluso de nuestra vivencia religiosa» (idem). De ahí que esas críticas hechas desde fuera deberían parecernos en buena parte justas, y aprovecharnos de ellas.

Por eso accedemos, gracias a ellas —dentro de nuestra Iglesia—, a una nueva época: la de la madurez. Desde ahora nos daremos cuenta, a causa de ser ya adultos en religión, que muchas cosas que vivíamos antes con la etiqueta religiosa, no son ya de recibo. Y podríamos coincidir por esta causa con muchos investigadores de la historia de las religiones, que hasta ahora velamos como enemigos.

Tenemos que llevar, por lo mismo, a todas sus consecuencias —sin miedo— la observación que hace el Concilio: «Cierta crítica más aguda —de la vida religiosa— la purifica de un concepto mágico del mundo y de supersticiones aún existentes, y exige cada vez más una adhesión por la fe que sea más personal y operante» (Constitución sobre la Iglesia en el mundo contemporáneo).

TODOS los grandes críticos de las religiones, todos los estudiosos del origen y desarrollo de los diferentes grupos religiosos que han nacido y vivido en la humanidad, pueden dar materia de reflexión a los cristianos, porque sabemos que, siendo hombres, empujados por nuestros defectos la Iglesia de modo que el testimonio de Cristo queda en parte «entre penumbras», como dice el Concilio. Y es preciso que, desde fuera, se nos critique para limpiarnos de «un concepto mágico del mundo», que todavía conservamos, según el Vaticano II, así como de «supersticiones» que pululan en torno nuestro, demasiado tolerantemente admitidas.

Cuando acudimos, en ocasiones, a los sacramentos como a ritos puramente mecánicos que una vez recibidos pasivamente, sin fe personal, nos salvan; si el rezo de determinadas oraciones se tienen por casi infalibles; si devociones a ciertas imágenes se defienden con igual apasionamiento que si fuesen el mismo Cristo; si determinados santuarios son venerados con tal fuerza que parecen tener una virtud mágica; entonces estamos «paganizando» nuestra religión.

Nada digamos a un San Antonio que nos encontrase infaliblemente un objeto perdido, o un novio. De un Nazareno que se ablandase con nuestras prácticas externas de devoción, sin por eso tener que cambiar nada en nuestras vidas, o de una oración que pareciera querer torcer la voluntad de Dios, como si con nuestras palabras pudiéramos gobernar el mundo de lo espiritual, modificándolo a nuestro antojo. Los ejemplos pululan en las leyendas en torno a algunos santos, llegando a mostrarlos algunos biógrafos como el «summu» de una milagrería infantil.

PERO no han faltado algunos autores católicos como el padre Pinard de la Boullaye, S. J.; el bolandista padre Delehaye, S. J.; o el doctor Niedermeyer, que nos ilustran sobre tanta superchería, aceptada por nosotros, sin el más mínimo sentido crítico.

El panorama en torno nuestro es poco optimista —y lo hemos de reconocer noblemente—. «El redentorista padre Hitz caracterizó la situación del mundo actual con estas palabras: consta de neopaganos, neocristianos y cristianos rutinarios» y «un párroco vienés muy conocido... considera que entre veinte católicos sólo uno actúa vitalmente su fe, mientras que otros han vuelto sus espaldas a la Iglesia, y los restantes son más o menos extraños a la vida de la misma» (citado por J. A. Jungmann, S. J., en *La predicación de la fe*).

Y no pensemos que entre los que figuran como más religiosos se vive siempre la religión pura. Porque «no podemos negar la supervivencia (paganos) entre las naciones cristianas de un cierto número de costumbres... que están en directa oposición con la fe y la ética cristianas. El mayor número de supersticiones, contra las que la Iglesia tuvo que luchar, con varias tácticas y mayor o menor éxito, fueron herencia de nuestros antepasados paganos» (H. Delehaye, S. J., *The legends of Saints*). Lo malo es que en esas tácticas de lucha, no siempre fue bastante eficaz el catolicismo para ope-

nerse a esa avalancha que nos hacen, a veces, «pueblos paganos con reminiscencias cristianas», como dijo el padre Loew, O. P.

Por eso un gran investigador católico —alabado por el Papa Benedicto XIV— como «Muratori, se volvió contra el abuso en el culto de los santos y de las reliquias» (Jungmann, S. J.). «La tempestad de la Reforma protestante iba dirigida, como se sabe, principalmente contra la proliferación de lo periférico en la predicación eclesial de la fe, y en la vida religiosa» (idem). La lástima es que se convirtió en una actitud parcial y unilateral. Pero es cierto que «hasta en la historia de la exposición de la fe se da la posibilidad de vacilaciones, concepciones defectuosas e imperfectas, en uno u otro aspecto, o al menos condicionadas por el tiempo» (idem). Cosa que no debe chocar nada más que a quienes tienen una idea equivocada de la infalibilidad de la Iglesia, que sólo es una medida excepcional para momentos extraordinarios y raros, con el fin de evitar las extravagancias del espíritu humano, como decía Newman.

El acudir al Evangelio, como fuente pura de nuestra fe, y al mismo tiempo la crítica de nuestras defectuosas costumbres, son los dos elementos necesarios para llegar a una purificación religiosa, siempre imprescindible entre hombres.

HAY quienes, como el profesor Durkheim, vieron en el totemismo la esencia de lo primitivo religioso, que de una manera o de otra permanecería en todas las religiones.

En su forma más elemental lo vemos practicado por los indígenas de Australia. Totem es un ser sagrado —en estas tribus, un animal— que sirve de emblema al grupo, al clan. Este emblema sacraliza todo lo que se pone en contacto con él, y se manifiesta en el animal u objeto que sirve de vehículo, y por eso no se le puede tocar, matar, ni comer; el hombre adquiere un parentesco con él. Se presenta así como la expresión sensible del clan o de la tribu; expresa, por tanto, la vida colectiva como una fuerza impersonal superior al individuo que pertenece al grupo. Y de esta manera ocurre que la conciencia propia se identifica con la conciencia colectiva; y los sentimientos o pensamientos colectivos quedan como sensibilizados y concretados en un objeto material que es el Totem.

Esta interpretación tiene el defecto de querer descubrir la religión a través de sus formas más rudimentarias, y más inferiores, como dice el filósofo Eduardo Le Roy. Pero también es cierto que en la práctica cotidiana encontramos muchos creyentes que hacen de su religión un totem.

Si la imagen de una devoción centra su vida cristiana, y poco a poco rebaja su religión. Si una Virgen, por ejemplo, es el solo centro de su religiosidad; o una práctica como los nueve primeros viernes; o un Santuario como Fátima. Si además, ante cualquiera que no piense de la misma manera, se adopta la postura polémica de auto-defensa del grupo, la unión entre cristianos y el ecumenismo, resulta imposible para estas mentalidades, como vemos muchas veces en algunos católicos aparentemente tradicionales, porque su catolicismo esté deformado.

El profesor Tylor, de Oxford, inventó por su parte el animismo, para explicar algunas religiones primitivas. Hoy está superada esta explicación que quiere interpretar los dioses como una especie de almas en las cosas. Pero, en cambio, es de gran actualidad hoy la idea del «magismo», porque son muchos los que creen prácticamente en la fuerza mecánica de algunos actos religiosos.

Para eso no hace falta acudir a los monjes del Tibet, que con la repetición exterior de la letanía «o mane padme um», repetida inconscientemente, pretenden gobernar el mundo de lo divino, cosa que vemos, por desgracia, entre nosotros mismos. Ya en los primeros siglos «es cierto que algunas prácticas paganas subsistieron, o se introdujeron, en determinadas iglesias cristianas, como, por ejemplo, en Oriente, la práctica de dormir junto a la tumba de los mártires para obtener en sueños la curación...». Pero «sería injusto achacar a la Iglesia misma las prácticas mágicas... o las prácticas paganas reprobables de los fieles de hoy, que continuamente condena» (Padre Pinard de la Boullaye, S. J.).

SIGUE

(1820)

Corominas
Sabadell

PUBLICIS DE ESPAÑA Foto: Mújer

145 AÑOS A LA MODA

Cada año nacen
marcas, y cada año
desaparecen empresas.
Lo excepcional
es permanecer.

Permanecer durante
145 años sin dejar
de estar al día.

Este es el historial
de COROMINAS.

Al lanzar su colección
de tejidos

de lana 1966

para caballero,

M. COROMINAS, S.A.

asegura prestigio

y calidad

en la moda actual.

Un siglo y medio
de aciertos

para que ahora

vista usted mejor.



LA RELIGION

POR último podríamos considerar todas las explicaciones basadas en el subconsciente desde la más drástica de Freud, hasta la casi aceptable de Jung.

Pero lo importante no es si estas concepciones llegan a hacer comprender la esencia de la religión, cosa que es evidente —el gran filósofo Bergson se encargó de demostrarlo— que son insuficientes. Lo interesante es atender la parte de verdad que tienen estas explicaciones psicológicas en la vida real de los creyentes.

Un psiquiatra católico —Zilboorg— se ha encargado de analizar las doctrinas de su maestro Freud, y hacernos comprender cómo acertó a expresar muchos mecanismos psicológicos, que vivimos los hombres en nuestra vida religiosa. Pero «quizá el propio Freud, y sin duda la mayoría de sus discípulos, no supieron advertir que los mecanismos psicológicos en sí no pueden medir la verdad religiosa ni, en realidad, verdad alguna» (G. Zilboorg). La estructura no explica el contenido religioso profundo, cuando éste existe. La mejor prueba de ello es que «no es seguro... si Freud entendía, en lo relativo a la religión, lo mismo que los que creen en Dios. Se buscará en vano una referencia en Freud, a los muchos creyentes verdaderos como San Ignacio de Loyola, San Francisco de Sales o San Juan de la Cruz» (G. Zilboorg). Y su biógrafo, Jones, cuenta una confesión interesantísima del gran psiquiatra vienés en la que dice: «En mi obra *Futuro de una ilusión* me ocupé mucho menos de las fuentes más profundas de los sentimientos religiosos, que de lo que el hombre ordinario entiende por religión». Ese es el mejor testimonio de que sólo estudió el mundo religioso menos auténtico. También escribió una importante obra sobre Moisés, y él mismo afirmó que no estaba seguro de los datos científicos que empleó, y más la tomaba como una novela histórica, que como un trabajo de ciencia. Sin embargo, y a pesar de todo, ¡qué gran verdad es que algunos seres humanos viven la religión más como una neurosis compulsiva que como una vivencia sanamente liberadora!... Incluso, ¿cuántas veces, en algún momento, tenemos la tentación de «asegurarnos» con una entrega falsa a una superficial devoción religiosa o práctica externa, y no con una entrega al amor profundo y personal, que es Dios para un cristiano? O, ¿cuántos puritanismos encierran una agresividad psicológica, reveladora de algún conflicto subconsciente, que no sabe aceptar plenamente los valores positivos de la relación hombre-mujer? ¿Cuántas superestructuras falsas en nuestra vida religiosa empuñan el sobrio sentido religioso del hombre que respeta en sí mismas a todas las cosas, y a toda persona, porque las sabe valiosas sin leyes compulsivas exteriores!

Ojalá llegásemos, como pide el teólogo Rahner, a esta purificación de «desconfiar de los sentimientos religiosos, no por tibieza, sino por convicción de que Dios sobrepasa inefablemente nuestros sentimientos y pensamientos». Así empezaría la verdadera religión a vivirse entre los hombres del siglo XX.

LEGAMOS así al final de este recorrido impresionista, que debe hacernos meditar seriamente sobre la religión que vivimos todos los días. ¿Todo lo que se esconde bajo el marchamo religioso es auténtica religión?

Si Freud creyó ver lo religioso como una superestructura psicológica, o muchos marxistas como una superestructura social, tendríamos que decirles que se han equivocado si toda la religión la reducen a eso, ya que hay una religión auténtica de respeto a los valores del hombre, que no se puede explicar tan someramente. Pero si se refieren a la religión degradada que vemos en algunos —o en muchos quizá—, entonces les diremos que combatimos nosotros por purificarla de tales deformaciones.

Qué es la religión: ¿Cargarse de medallas, escapularios, novenas o imágenes; sentirse atado por un Amo exigente y duro, que nos mira a través de un severo código penal; vivir pendiente de una serie de ejercicios para hacer propicia a la divinidad; creer que sólo los de su grupo religioso se salvan, y los demás se condenan o poco menos? ¿O más bien sería seguir estos preceptos bíblicos?:

- 1) «Respetar a todos los hombres», como dice San Pedro; porque «si hacéis acepción de personas, cometéis pecado», según el apóstol Santiago.
- 2) «Si alguno dice: amo a Dios, y aborrece a su hermano, miente», como enseña San Juan; porque «amando al amor se ama a Dios, pues Dios es amor» (San Agustín).
- 3) «Dios no hace acepción de personas», pues en toda nación el que le respeta y practica la justicia, le es agradable» (Hechos de los Apóstoles). De tal modo que «si nos amamos los unos a los otros, Dios habita en nosotros» (San Juan).

Esa es la enseñanza del cristianismo y, por tanto, del catolicismo; aunque haya católicos que no lo vean así. Terminó, por eso, por donde empecé: tenemos que purificarnos de un concepto mágico del mundo y de las supersticiones que vivimos.

La belleza del cuello
es la base de la
elegancia y feminidad



Crème pour le cou

con extractos dermoactivos naturales

con ella...
juventud para su cuello

LANCASTER

Arrête la marche du temps